

ENTREVISTA

Educar en la tensión: Educación y Democracia

Con: Rosemarie Terán Najas
rosemarie.teran@uasb.edu.ec

Conversamos con la historiadora, docente e investigadora Rosemarie Terán Najas, cuya trayectoria ha marcado el análisis crítico de la escolarización, la ciudadanía y las políticas educativas en el Ecuador. Desde una mirada profundamente situada, nos invita a repensar el lugar de la escuela en un país atravesado por desigualdades históricas, tensiones entre proyectos estatales y prácticas comunitarias, y desafíos urgentes para la convivencia democrática.

Saberes Andantes: Desde su experiencia ¿cómo entiende la relación entre educación y democracia en el Ecuador?

Rosemarie: Es importante hacer una distinción: los conceptos de educación y democracia no están necesariamente vinculados. La educación, por sí misma, no es virtuosa; depende del contexto en el que se desarrolla, de sus propósitos, de sus modalidades, de la etapa histórica y de las instituciones de las que depende.

La democracia, en cambio, es un concepto político que apuesta por la igualdad, la libertad y el bienestar para todos, pero no necesariamente está articulada a la educación. Hoy parecen encontrarse porque existe la expectativa de que la educación contribuya a democratizar la vida social y que la democracia sea parte del proceso educativo.

Pero, en realidad, la educación sirve tanto a las dictaduras como a las democracias. Sabemos de regímenes autoritarios que recurrieron a la educación para formar sujetos alineados a su ideología. El nazismo, por ejemplo, apostó fuertemente a la educación física para moldear cuerpos considerados "superiores". Y, al mismo tiempo, las democracias necesitan la educación para formar ciudadanos éticos, respetuosos y capaces de desenvolverse socialmente.

La educación es adaptable a cualquier discurso. Las ciencias sociales en el siglo XX han cuestionado mucho el papel de la educación, por ejemplo Pierre Bourdieu señala que la educación reproduce desigualdades. La escuela no iguala, proporciona una supuesta igualdad de oportunidades en la que el “más apto” sale adelante, sin embargo se omite que su ventaja proviene del capital social, cultural y económico previo de las familias.

Hago referencia a esto para mostrar que la educación puede servir para fines muy distintos. En el Ecuador, a mi juicio, la educación en los últimos años ha aportado más al acceso y a la movilidad social que a integrar a los ciudadanos a su país o a fortalecer una convivencia social respetuosa y armónica.

Saberes Andantes: Aunque se habla mucho de democracia en la escuela, en la práctica se reproducen jerarquías y prácticas verticales ligadas al adultocentrismo, patriarcado, machismo y rituales vacíos. ¿A qué se deben estas tensiones? ¿por qué ocurren?

Rosemarie: Es interesante lo que planteas porque abre el panorama de las contradicciones. Nada aparece de manera pura, armónica o articulada; todo está lleno de tensiones. Es una dialéctica que a veces es irresoluble. Y la escuela es el espacio donde esas contradicciones se ven con mayor claridad, porque la escuela moderna está sometida desde sus inicios a un proyecto de dominación política ligado al Estado-Nación.

La escuela moderna nace para formar ciudadanos según un proyecto político. Esto implica la idea de un sujeto homogéneo, ajustado a un molde común: mismo idioma, misma memoria histórica, misma imagen racial. En el Ecuador del siglo XIX, la ciudadanía era accesible solo para una élite propietaria y alfabetizada que se definía como “blanca”. Indígenas, afros y mujeres quedaban fuera. Y ese patrón se mantuvo casi un siglo.

Luego, el Estado plantea una ciudadanía más universal, pero católica. Más tarde llega la Revolución Liberal, que tampoco abre mucho más el abanico. Sigue siendo un proyecto homogeneizante en

términos étnicos y raciales: blanco, mestizo y urbano. Y eso ha marcado profundamente a la escuela ecuatoriana. Todo esto riñe totalmente con el Ecuador diverso y pluricultural. Aunque la Constitución reconoce que somos un país plurinacional nunca se ha concretado pues predomina la lógica homogeneizante, presente en las prácticas sociales, en las prácticas de aula, en la evaluación, en las estructuras jerárquicas y disciplinarias.

Por eso surge un desafío importante y es que la escuela construya su propio concepto de democracia, no adoptarlo simplemente desde afuera. Una democracia que no sabemos si remite a los griegos o a propuestas latinoamericanas. La escuela debe mirarse frente al desafío de transformarse radicalmente. No basta con incorporar, por ejemplo, un código de convivencia.

Recuerdo mi experiencia en 2003 cuando estuve en el Ministerio de Educación; el código de convivencia se trataba de un cuerpo normativo con cláusulas que planteaban lo que había que hacer, sujeto a horarios y a espacios muy reducidos dentro del colegio. Pero no transformaba ni el currículo ni la relación docente–estudiante, ni tampoco la política del Ministerio. Era un parche en medio de una estructura ya constituida. Mientras la transformación no alcance las relaciones internas de la escuela y no las democratice, dejando dinámicas jerárquicas, disciplinarias y verticales, nada cambiará. Si eso no ocurre, la escuela difícilmente podrá inaugurar formas de democracia.

Creo que hay desafíos enormes. Basta recordar propuestas de los años '70s, como las de Paulo Freire. Él decía que el aula no es un espacio de cautiverio, sino un lugar de encuentro. Para mí eso tuvo mucho sentido cuando pensábamos en una reforma educativa desde la Universidad Andina. Reflexionaba que si no se reconceptualizaba el aula como un espacio de encuentro intergeneracional, de diálogo, donde se aprende no desde la imposición sino desde el descubrir juntos (profesores y estudiantes) el conocimiento y construirlo, ese conocimiento no iba a tener sentido para nadie: ni para los docentes ni para la comunidad estudiantil.

Creo que el país ha perdido mucho tiempo en proponer pequeños proyectos, como los códigos de convivencia o la representación estudiantil, sin transformar lo que realmente importa que son las relaciones humanas e intergeneracionales que articula la escuela. Eso no ha cambiado en lo más mínimo.

Saberes Andantes: ¿Qué papel juega el currículo en estas tensiones?

Rosemarie: El currículo es producto de esta visión de que la educación debe formar ciudadanos que respondan a los imperativos de un Estado-Nación bajo un determinado modelo político. Si son liberales, proponen un tipo de ciudadano; si son conservadores, apuestan por uno católico. Nada de eso es necesariamente malo, pero siempre predomina el proyecto político sobre lo que podría ser la educación.

He participado en muchas experiencias de formulación curricular y siempre pasa lo mismo, queremos un estudiante que cumpla con determinados perfiles de salida y para lograrlo ¿qué hacemos? Competencias, destrezas con criterios de desempeño...o sea, una serie de instrumentos que parecen sacados del manual de un técnico. Todo eso termina en un currículo omnipotente, que pretende abarcarlo todo.

El currículo plantea o pretende plantear una matriz de todo lo que va a acontecer. Desde que baja por las distintas instancias del ministerio, llega a los colegios, baja al aula y también a los textos, va sufriendo transformaciones, pero al final es lo mismo.

Es un planteamiento unívoco, con un perfil de estudiante homogéneo que no reconoce la diversidad. No está planteado en términos de: "partimos de la diversidad de este país y de la diversidad social, y desde ahí hacemos un currículo flexible, que se vaya adaptando a las diferencias". No es así. Además en el proceso, desde la formulación del currículo en el ministerio hasta el aula, se burocratiza y termina en el aula de manera instrumental, sin provocar transformaciones, sin provocar entusiasmo, sin permitir vivir de otra manera las relaciones sociales, enfrentar el conflicto, generar convivencias más amables, más éticas, más justas. No, el currículo es el currículo.

Entonces, yo sí creo que ahí hay un bloqueo fuerte, y que el currículo cada vez es más instrumental. Los contenidos son poco significativos; los desempeños son importantísimos, pero no significan nada. No plantean democracia, ni renovación de la sociedad, ni nada. Entonces, ahí hay una camisa de fuerza.

Saberes Andantes: Frente a un sistema tan rígido ¿qué posibilidades reales tienen las educadoras/es y equipos directivos de transformar sus prácticas?

Rosemarie: Yo creo que, para quienes estamos en esta perspectiva crítica, no se trata de ser utópicos. No queremos ser utópicos porque sabemos que eso no lleva a ningún lado. Hemos sido muy utópicos pensando que la educación va a salvar al país, que la educación va a transformar, porque la educación siempre es “algo” a lo que se aspira, pero nunca se llega. Nunca. Y estamos acostumbrados a eso, a que no se llegue, a que haya una inercia que contradice totalmente las expectativas altísimas del Ministerio, del Estado, de los curriculistas, de las autoridades. No se llega. Entonces siempre estamos ahí.

Y aparece una muletilla que manejamos, y que también manejan los profesores dentro del sistema educativo: “la educación tradicional”. La educación tradicional está enmarcada en esa inercia. Hablamos de educación tradicional porque siempre tenemos un elemento utópico que nunca concretamos y que hace que todo lo que hagamos sea tradicional.

Es así, el sistema es profundamente tradicional, porque existe una maquinaria burocrática que funciona casi automáticamente. Esa estructura termina ahogando la educación y las utopías que imaginamos; está tan montada, tan instalada, tan vertical y jerárquica, que deja muy poco oxígeno para que, en los colegios y en las instituciones se abran a revisar el currículo y forjar uno propio, y puedan ocurrir otras cosas. Por su parte, las experiencias que sí han hecho este ejercicio quedan en muchos casos fuera del sistema. Y estar fuera del sistema implica que éste no te permite permanecer allí; te asfixia, vigila e inspecciona.

Pero yo creo que el aula es un espacio privilegiado, un espacio donde pueden ocurrir cosas sin que nadie te vea. En el aula pueden transformarse las relaciones humanas a partir de esta mirada crítica y reverente. Podemos reinterpretar el currículo, darle otros significados, intentar relaciones más horizontales, dialogar y construir juntos, profesores y estudiantes un conocimiento en ciencias humanas, ciencias exactas, ciencias sobre la naturaleza, etc.

Tampoco se trata de aislarse en una cultura o en una percepción social determinada, sino a partir de la experiencia cultural, familiar y personal, conectar con lo demás. Ser totalmente activos en la formulación del conocimiento que estamos construyendo y también de las relaciones sociales que nos llevan a ese conocimiento.

Como decía Paulo Freire, hay que conocer desde nuestras propias vivencias. Tomamos un concepto, lo desagregamos, lo interrogamos y luego le damos sentido en nuestras vidas. Por ejemplo, no vamos a aprender “historia universal europea” si estamos en Simiátug; ¿qué sentido tendría? Transformamos ese contenido para encontrar, dentro de ese gran tema, un reflejo de nosotros o una crítica hacia nosotros. Hay una historia que pretende abarcarlo todo, cuando en realidad tenemos una historia propia que necesitamos pronunciar públicamente.

Entonces, yo creo que el aula es un espacio muy especial para transformar relaciones, resignificar, crear un proceso de aprendizaje amable, que entusiasme, que apasione, que tenga que ver con nuestros sentidos y que nos abra a otros más amplios, más allá de nosotros mismos y de nuestra cultura.

Tiene que ver con una construcción del conocimiento que, mientras lo vamos desarrollando, nos permite ser críticos tanto del conocimiento de otros como del nuestro, así como de la convivencia. Una convivencia realmente democrática, basada en el respeto, en el sentido de justicia y en una causa común que nos entusiasme. Porque tal como está la pedagogía que sostiene los procesos de aula es muy individualista: va hacia la calificación. Eres “alguien” si, en la curva de evaluación, sacas “apto”. ¿Cómo es posible que la calificación de un examen te marque la vida, cuando el aprendizaje ocurre en un sitio

donde hubo muchas personas con un orientador, todos haciendo un esfuerzo colectivo?

Al final, al dar el examen, terminamos clasificados, y esa clasificación nos marca para toda la vida. De ahí proviene esa sensación de fracaso escolar. Ese fracaso, producto de una forma individualizada de calificar, debería llevar al Ministerio a preguntarse: ¿qué tipo de currículo y de enfoque está proponiendo para que las y los estudiantes permanezcan?

Quienes deberían ser evaluados son quienes formulan la política educativa, el currículo y todos estos engranajes sin sentido, que resultan perversos. Entonces, cambiar la evaluación, ahora que la evaluación ocupa un lugar importante en el currículo, es fundamental. Empiezas viendo la evaluación, los desempeños y luego, por ahí escondidos, están los contenidos, y más allá los propósitos. Ahora la evaluación lo es todo, y en ella te juegas la vida, tu familia. Personas que se suicidan porque no llegan a la calificación. ¿Cómo puede ser que la escuela conduzca a eso? No hay democracia ahí. Para nada.

Saberes Andantes: ¿Cuáles son los principales desafíos que hoy enfrentan las escuelas para ejercer y sostener prácticas democráticas en su vida cotidiana?

Rosemarie: Además de lo mencionado previamente, un desafío es empezar por abajo, por el aula, por el lugar donde realmente se plasman las relaciones humanas, creo que ahí está la clave. Dentro de todo el sistema educativo, que es enorme, una maquinaria gigantesca y burocratizada, el único espacio donde existe comunidad educativa son las aulas.

Creo que hay un problema muy grande en nuestro país: la familia es un centro de irradiación de valores conservadores, jerárquicos, patriarcales, y eso irradia hacia las instituciones educativas. Las instituciones educativas se dejan permear por esa jerarquía que los padres imponen cuando dicen: “usted eduque a mi hijo, a mi hija; yo no tengo tiempo”, y además “tiene que educarle bajo estos parámetros, tiene que obedecer”. Todo esto ocurre en un contexto familiar que ha

cambiado tanto, donde hay mucha soledad en los estudiantes, en los niños, en los jóvenes, frente a familias que trabajan todo el día o que simplemente han renunciado a ciertos vínculos.

Creo que es fundamental que la escuela logre renovar a la familia. Me acuerdo de las “escuelas de padres”. No era que el padre y la madre llegaban a imponer lo que necesitaban que la escuela hiciera por sus hijos, sino que se trataba de reeducar. Educar a la familia en valores democráticos, cuestionar la jerarquía patriarcal, criticar esta forma en que las familias apuestan por las notas altísimas, porque si no, no estiman a sus hijos si no están en los cuadros de honor. Esto genera procesos muy fuertes en los estudiantes; la mayoría termina autoimponiéndose sentimientos de culpa y responsabilidad por no cumplir con los estándares que exigen las familias y los colegios.

Como decía antes, el fracaso estudiantil está individualizado. La responsabilidad está cargada sobre el estudiante, y las familias agudizan ese sentimiento de culpa con prácticas de castigo, indiferencia o subestimación hacia sus propios hijos. A mí eso me parece muy grave, porque Ecuador tiene un nivel de maltrato infantil altísimo, que casi no sale a la luz. No es un tema que se trate en los medios, pero el maltrato infantil llega a niveles extremos, y la escuela también forma parte de esa dinámica. Por eso digo que la escuela tiene que aportar al cambio de la familia.

Entonces, insistiría en lo práctico, no en aquello que nos lleva a la utopía. Quienes trabajamos en educación somos expertos en utopías: siempre aspiramos a algo maravilloso, a la esperanza. Y eso está bien, pero ¿qué es viable en el Ecuador? ¿Qué se puede hacer en un país tan difícil, tan confrontado, tan desconfiado? Con estos valores conservadores, con un contexto de violencia e inseguridad que además intensifica el patriarcado, masculiniza las prácticas sociales y legitima valores guerreristas, despiadados, de maltrato y agresividad. Esos valores se presentan como aspiracionales para muchos jóvenes, porque son el único recurso que encuentran para abrirse camino en esta sociedad.

Por eso creo que, pensando en algo práctico, algo que la escuela puede hacer sin gastar recursos, y es fundamental, es sentarse a conversar sobre nuevas políticas internas, sobre convivencias distintas y sobre relaciones con la familia que la animen a tener sentidos autocríticos. Así podríamos empezar a crear un tipo de sociedad diferente, desde lo pequeño: desde el aula, desde el colegio, irradiando hacia la familia. Tal vez ahí nos quedemos, pero quizá así logremos algunos resultados.

Sabores Andantes: En un país plurinacional, ¿cómo comprender la educación intercultural dentro de este panorama?

Rosemarie: Sobre lo plurinacional, que nos lleva directamente al tema de la educación intercultural. A pesar de que ha sido una conquista lograr un sistema autónomo de educación intercultural que con el tiempo ha sido mermado y ha sufrido transformaciones, lo cierto es que ha generado textos, proyectos educativos propios y maneras propias de construir conocimiento. Sin embargo, siguen aislados. Están excluidos del gran currículo blanco-mestizo, que es el predominante.

Yo creo que lo intercultural debe permear el currículo blanco-mestizo, pero no de la forma en que se practica en algunas escuelas donde los niños se “disfrazan de indígenas” para camuflar la interculturalidad. Eso no es interculturalidad. No representa una convivencia respetuosa con el otro, sino más bien una apropiación del imaginario indígena, reproducido como comedia o farsa.

Por eso creo que lo intercultural, aunque ha sido una conquista, no puede seguir aislado, debe atravesar el currículo general. Y el currículo general tiene que salir de este modelo hegemónico blanco-mestizo e incorporar otras maneras de percibir el mundo, de relacionarnos con la alteridad, de no sostener una supremacía blanca en la comprensión del mundo y en los valores. Existen otros sentidos, y es totalmente posible incorporarlos en las asignaturas, en las formas de trabajar los contenidos.

Saberes Andantes: ¿Hay alguna idea final que quisiera dejar a educadoras/es, escuelas, familias o comunidades?

Rosemarie: Sobre el tema metodológico quisiera decir algo. La metodología no debería ser simplemente un componente de las

capacitaciones, porque la metodología no es más que la manera de aproximarse al aprendizaje; y esa aproximación implica la construcción colectiva y dialogada del conocimiento.

Si pensáramos que la enseñanza y el aprendizaje pasan por construir colectivamente entre profesor y estudiantes, quitando las jerarquías, sumando los conocimientos que tengan sentido, que entusiasmen y apasionen, la metodología no tendría por qué convertirse en lo que hoy es: parámetros mecánicos que complejizan los procesos.

Cuando las capacitaciones se concentran en transmitir metodologías desligadas del sentido del aprendizaje, no sirven mucho. Solo burocratizan, clasifican y vuelven a instalar la lógica de los "aptos" y "no aptos". Hasta la palabra "capacitación" es problemática. ¿Capacitar en qué? Lo que necesitamos es humanizar las relaciones, ser seres humanos, no someternos a parámetros burocráticos absurdos frente a los cuales nadie puede responder. Se necesita más bien una dinámica humana, amable: en lugar de juzgar o castigar a los estudiantes, levantarles la autoestima, decirles "tú puedes, lo que digas está bien, vamos a construir entre todos". Eso no es difícil, no requiere recursos; solo requiere cambiar el chip. Que este país cambie el chip respecto a la educación.

Y con esto termino. En todos los gobiernos, incluso en los progresistas, con los que simpatizo, la educación ha sido valorada como escolaridad, como escolarización, como acceso, pero no como transformación de las relaciones, no como democratización, no como humanización de la sociedad. Se ha pensado en acceso, en crear más escuelas, más universidades, que las clases populares entren, que haya movilidad social. Eso está bien, pero sigue siendo solo acceso. No es transformación social. Es integración al proyecto del Estado-Nación.

Un estudiante con título de la Universidad Central en determinado campo del conocimiento no puede acceder a ciertos espacios laborales por su "clase". Si fuera blanco y perteneciera a las clases altas, tendría más posibilidades. Como todo es racializado, las oportunidades laborales también lo son. Entonces, por más títulos que tenga, hay un límite. La escolarización que es integración a la escuela tiene un límite. No lo es todo.

Por eso un gobierno no puede vanagloriarse de haber creado cien mil escuelas y de que “todo el mundo está escolarizado”. Eso no garantiza nada. Garantiza acceso y movilidad social, sí, pero no transforma los valores ni las relaciones sociales. Y eso es lo que realmente necesitamos transformar.

Saberes Andantes

Así concluimos esta conversación que nos invita a replantear de manera profunda el sentido de la educación y sus desafíos pendientes, de buscar esa transformación institucional. Agradecemos a Rosmarie por su claridad, su generosidad y por abrir caminos para seguir pensando una educación transformadora.